

habian trabajado mucho, é pusieron tres dias en allanarla. E habian allegado adelante el castillo tanto, que estaba cerca del muro, de manera que los que estaban en el sobrado de encima podían herir con las lanzas á los turcos que defendían la torre; é ninguno podría contar la gran voluntad que ca la uno tenia de hacerlo bien; que habian muy gran conhorto en sus corazones por aquello que les dijo el ermitaño de monte Olivete, que aquel dia tomarian la villa ciertamente; é otrosí, por la medida del caballero que los llamaba con el escudo, así como habédes oído. Tan bien lo hacían los de parte de mediodía é los de parte de setentrion, que non podría hombre escoger cuál de ellos combatían mejor. E la gente del duque Gudufre é de los otros que estaban con él habian combatido tanto, que sus enemigos eran causados é enflaquecidos, é parecia como que se defendían flacamente; é los cristianos eran llegados tanto adelante, que habian tomado las barbacanas que allegaban ya bien al muro; é esto era porque los moros de dentro no se defendían tan bien como solían. E el Duque mandó á su gente, que estaba sobre el castiello, que pusiese fuego á los sacos que estaban colgados del muro, é ellos hicieron luego, é levantóse el humo negro é espeso é tan grande, que non podían ver ninguna cosa; mas el viento de setentrion tornó el humo sobre los de la villa de manera, que aquellos que estaban sobre los muros non lo pudieron sufrir, porque los cegaba é les entraba por las gargantas, é hobieron á desamparar el lugar en que estaban. E el duque Gudufre, que tenía ojo todavía en aquel hecho, entendió luego primero que otro cómo se habian partido los del muro, é mandó luego á gran priesa que subiesen arriba las dos vigas que derribaran de los moros; é hicieronlo luego así, é pusieron primero los dos cabos de las vigas sobre el muro, é despues los otros dos sobre el castiello, é mandó estonce que echasen sobre las vigas las costaneras del castiello, que fuera hecho para puente, é fué así hecha la puente buena, é el primero que pasó por ella é entró en la villa por aquel lugar fué el duque Gudufre, é en pos dél el conde Eustacio, su hermano, é despues dos caballeros que eran hermanos, é decían al uno Lucas é al otro Gilberte, é eran naturales de Tornay (1), é en pos destes entraron gran pieza de caballeros é de otros hombres de pié; mas antes que esto fuese, el rey de los tahures con sus bellacos, que habian quedado debajo de los zarzos é del muro antenoche cavando, abrieron los agujeros que habian hecho en el muro, como ya oistes; é cuando vió que los del duque Gudufre querían echar la puente, anté que la echasen entró él dentro en la villa, é dió voces á su gente que entrasen. E esto fué por voluntad de Dios, segun que lo habia dicho el ermitaño de monte Sion, que los mas pobres dellos la entrarían primero; mas don Tomás de Merle, que se tornara vasallo del rey de los tahures, cuando vió que el Duque se aparejaba para entrar sobre el muro, no quiso mas esperar, é entró por el agujero

(1) Para que se vea de qué manera están corrompidos los nombres propios de esta historia, bastará citar el pasaje de Guillermo de Tiro, cap. xviii: *Quem continuo subsequuti sunt Ludolfus et Guillelmus uterini fratres ortum habentes de civitate Tornaco*. Los autores franceses llaman á estos caballeros Lethalde et Engelbert de Tournay. Véase á Michaud, *Histoire des Croisades*, lib. iv.

del muro por do habian entrado los tahures, é subió encima del muro por unas gradas que falló, é sacó la espada é libróse de los turcos, é fué yendo por el muro, é quiso decender por un terrero que estaba acostado al muro cerca de la puerta; mas una vedaina, que era mujer de armas, parósele delante é dióle tal golpe con una porra sobre el yelmo, que gelo hendió por medio é dió con él ayuso del muro, rodando por el terrero abajo, é los turcos corrian allá por lo matar; pero el rey de los tahures, que estaba ya dentro, llamó á grandes voces: «¡Santo Sepulcro, val! Entrad, mis caballeros; que nuestra es la cibdad.» E estonces entraron los arlotes tan espesos como banda de tordos é hiriendo en los turcos muy esforzadamente, que en poca de hora hicieron plaza á derredor de sí, é tantos entraran dellos é tan apriesa, que luego ganaron una calle. E don Tomás de Merle, que cayera del muro, no lo quisieron dejar los turcos, ante hirieron en él cuanto pudieron; mas él traía una nómina de tal virtud, que mientras la trujiese sobre sí non le podrían herir de muerte, é comenzó á esforzarse de manera, que salió de entr'ellos, é iban ya llegando los arlotes; é cuando hobo escapado de los turcos, él, que se quería ir, vió delante sí aquella vedaina mujer de armas, que ya oistes, é tenía un dardo en la mano, con que le quería dar, é él fué para ella, é ella, en que lo vió venir contra sí, desmayó, é dijole á grandes voces: «Espera un poco, é contarte he de tu muerte; que sepas que turcos non te matarán ni moros de aquen la mar, mas tu señor te ha de justiciar é te mandará matar.» Cuando don Tomás de Merle esto oyó, hobo gran pesar, é dióle tal golpe de la espada, que le echó la cabeza aparte; é levantóse estonce el ruido muy grande; que el duque Gudufre parecia sobre el muro, é habia tomado por fuerza el andamio del muro á los turcos. E en esto el rey de los tahures, que entrara antes, é Tomás de Merle, que se hiciera su vasallo, que entrara, fueron á la puerta de San Estéban con sus arlotes é tiraron los carrillos de que colgaba la puerta con las cadenas, que cayeran sobre los cristianos, así como oistes, é alzaron la puerta, é metieron luego veinte arlotes debajo della, que la tovieron alzada en sus hombros, hasta que le pusieron en qué se toviere, é la ataron bien arriba con las cadenas; é los otros fueron á las puertas que eran primeras, despues de aquella, hácia dentro, é comenzaron á entrar la gente; é hizose apellido por toda la villa, é fué tan grande el ruido, que era grande espanto de oirlo; é cuando vieron los turcos la señal del duque Gudufre sobre el muro, é que eran ya entrados los cristianos en la cibdad, dejaron sus torres é sus plazas que guardaban, é corrieron por la villa, é metíanse en las calles estrechas é defendíanse. E los que combatían, cuando vieron que el Duque é su gente habian ya tomado muchas torres, non esperaron mas, antes echaron al muro las escalas, que tenían muchas é buenas, é subieron é entraron en la villa por muchas partes; é el duque Gudufre é los suyos corrian por los muros, é así como iban tomando las torres, bastecíanlas luego de su gente, é apresurábanse cuanto mas podían de ir á tomar afina las fortalezas.

CAPITULO XLIV.

De aquellos que entraron en Hierusalén despues del duque Gudufre.

Despues del Duque entró en la cibdad de Hierusalén el conde de Flándes, é el duque de Normandía, é Tranquer, é don Yugo el conde viejo de San Polo, é Baldo- vin de Beorges, é don Gaces de Bedres, é Ricarte de Caumont, é Lucherete de Monzon (1), é Conan de Bre- taña, é Remon el conde de Orenja, é Conon de Monte- agudo, é Lamberte, su hijo, é otros muchos caballeros. E el duque de Gudufre, cuando supo que aquellos eran entrados, llamólos é rogóles que fuesen á abrir las puertas; mas ya era abierta la puerta de San Es- téban, así como habeis oído. É esto fué viérnes á hora de nona, derechamente en aquella hora en que nues- tro Señor Jesucristo fué puesto en la cruz é sufrió la pasión por nosotros; é en pos desto el duque Gudufre decendió del muro con sus caballeros é con sus hom- bres á pié muy bien armados, é así fueron todos á pié por la villa, sus espadas sacadas en las manos é sus lanzas, é mataban cuantos hallaban, que non dejaban nin- guño; é maguer que les pedían merced que no murie- sen é se daban á prision, non les aprovechaba; é tantos mataban por las calles, que non podían pasar sino sobre los muertos; é la gente de pié andaban á compañías por las calles é traían porras é hachas, é mataban é quebrantaban é destruían cuanto alcanzaban, é desta manera vinieron hasta la meitad de la villa.

CAPITULO XLV.

De cómo entraron en Hierusalén, de parte del monte Sion, el conde don Remon de Tolosa é los otros que estaban con él.

Maguer que la cibdad era entrada, non lo sabia aun el conde de Tolosa, é estaba combatiendo muy esforzada- mente de la parte del monte Sion, ni los turcos que se defendían desta parte non sabían cómo los cristianos eran ya dentro en la cibdad. Mas despues que comenzó á crecer el ruido é el apellido, é las voces é los gri- tos de los que mataban en la cibdad, é los turcos mira- ron en derredor de la villa, é vieron cómo estaban en- cima de los muros las señas é los pendones de los ricos hombres, fueron muy desmayados é muy quebrantados, é perdieron los corazones, é dejaron de combatir é de defenderse, é dieron á fuir, é entendieron que non podrían escapar á vida; é porque estaba al derredor cercado aquel lugar, que era la fortaleza de la villa, metieronse to- dos cuantos pudieron entrar allí, é cerraron sobre sí las puertas; é en esto, el conde don Remon de Tolosa hizo adobar la puente del castiello é su muro, é entró en la villa por aquel lugar; é el conde don Remon Pelet, é Guil- lem de Cambray, é el arzobispo de Albarra, é otros ricos hombres subieron por las escalas cuanto mas pudieron cada uno, é decendieron estonces de los muros é des- truyeron cuanto hallaron. Non hay en el mundo quien pudiese contar las cosas que allí fueran hechas, mas tantos de los turcos hobo allí muertos, que corria la sangre por las calles, é á la entrada de la torre de Da- vid habíanse metido una pieza de turcos, que era el

(1) *Ludovicus de Monson* en Guillermo de Tiro; los escritores ranceses le llaman Louis de *Monson*.

mas escondido lugar de toda la villa; é esa plaza, que estaba ante el templo, segun es dicho, era muy bien cercada de muro é de torres é muy fuertes puertas; mas todo aquello non les aprovechó, que fué allá Tran- quer con su gente é entraron en el templo por fuerza é murieron muchos turcos en la entrada, é halló de- dentro muy grande tesoro de oro é de plata, é de piedras preciosas é de paños de seda, é hizolo todo llevar de allí; mas despues que la cibdad fué tomada é todo asesegado, todo lo tornó Tranquer al comun. E los otros ricos hombres que habian buscado toda la vi- lla é mataban cuantos hallaron, oyeron decir que los que huían que se metían en el templo, é fueron ellos luego allá, é hallaron que lo habia librado todo Tranquer. Espantosa cosa era é fea de ver la gran mortandad de los que estaban muertos por las plazas é por las calles, que non podían andar sino por sangre, é hallaron den- tro, en la cerradura del templo, diez mil turcos muer- tos, sin los otros de las calles; é los ricos hombres ha- bían ordenado, ante que entrasen la villa, que la casa que tomase cada uno que fuese suya como heredad; é por ende, los grandes, las casas que ellos tomaban por suyas, ponían sobre ellas sus pendones, é los balle- ros, de manera que colgaban sus escudos, é los otros ponían sus nombres é sus sombreros é sus espadas. É esto era por señal quién tomara aquella casa, que non la tomase otro ninguno ni curase della.

CAPITULO XLVI.

Cómo descabezaron dos reyes.

Por aquella parte que entraron en la cibdad el duque de Normandía é el conde de Flándes comenzó de huir el rey Malcolon, mas echó luego en pos dél el conde de Flándes, é alcanzólo é cortóle luego la cabeza. E otrosí el rey Isauras, que iba fuyendo hácia el templo, encon- tróle el duque Gudufre de Bullon é cortóle luego la ca- beza; é á las puertas fué una compañía de moros, tras que andaba don Yugo el viejo, é pensaban escapar aque- lla parte; acogieron á la compañía, que vieron que eran moros, mas fueron á ellos los cristianos é alcan- zaronlos é mataronlos todos; é desta manera mataban por la villa, que non quedó turco ninguno á vida, sino los que se metieron en la torre de David, en el alcázar, donde levó el conde de Tolosa mucho haber.

CAPITULO XLVII.

Cómo un turco ciego hobo la vista.

Despues que los ricos hombres entraron en la cibdad de Hierusalén, é hobieron muerto todos los turcos, fueron cada uno á sus posadas que tomaran, como ha- beis oído, é muchos habia hí dellos que llegaban de robar cuanto podían haber, é sobre partirlo reñían é se mataban; mas, como quier que los mas dellos lo ficie- sen, el duque de Bullon, é Ruberte el Frison, conde de Flándes, é Tomás de Merle non curaron de robar, mas fuéronse al sepulcro, é alimpiáronlo cada uno con su paño lo mejor que pudieron, é el templo mismo. Despues que salieron fuera, hallaron un gran pala- cio en que non habia entrado aun ninguno de los de la hueste, porque nuestro Señor lo tenia guardado para el duque de Bullon; é aquel de quien era aquel palacio te-

nia la llave del templo en su mano, ea él lo solia abrir é cerrar, é cuando oyó hablar al duque Gudufre, pidióle merced é dijole: «Señor, non me mates; que cristiano quiero ser.» E el Duque, cuando entendió lo que le decia, echóle en la faz el paño con que alimpiara el sepulcro é el templo, é dijole que tomase de aquel paño por seguro; é aquel turco que tenia la llave del templo era ciego, é cuando lo tocó en los ojos el paño que el Duque le echó, luego vió; é él con gran alegría contó al Duque cómo habia treinta años que non viera, é por aquel paño cobrara la vista; é cuando lo oyó el duque Gudufre loó mucho á Dios nuestro Señor cuanta merced le hiciera, é gradeciógelo mucho, é tomó la pieza del paño é guardólo, é los otros guardaron cada uno el suyo; é el turco levó al duque Gudufre á aquel palacio, que era suyo, do lo fallaron, é el Duque é los otros ricos hombres, que non le habian tomado aun cosa; é ese turco que cobró la vista por la virtud del paño del duque Gudufre, metiólo luego en aquel palacio, é puso su cuerpo é todo su tesoro é cuanto habia en su poder del Duque, é rogóle é pidióle por merced que le amparase é le defendiese que ninguno non le hiciese mal, é el Duque hízolo así é tornóle cristiano.

CAPITULO XLVIII.

De otro miraglo que fizo nuestro Señor.

Una cosa acaesció á la entrada del Sepulcro, que fué gran miraglo de Dios, porque, segun que habeis oido en el comienzo de esta hestoria, fueron tres caballeros en romería al Sepulcro, é los dos pagaron su entrada é entraron dentro; é el tercero, á quien decian Aicarte de Montemerle, quedóse de fuera porque non pudo pagar el maravedí en oro, é por aquello Aicarte hobo de parar el cuello, é dióle la pescozada el que guardaba la puerta, é dejóle entrar; é á la salida dijole Aicarte de Montemerle: «Juan Ferret, espera aquí; que yo te prometo que torne por aquí, por me vengar desta deshonra que agora me feciste, é en este lugar mesmo te cortaré la cabeza.» E este caballero era ya muerto, que le mataron yendo de Hierusalen al puerto de Jaffa, el dia que fué preso el rey García, que se convirtió, segun habeis oido; é apareció en aquel dia que los cristianos entraron en Hierusalen, de manera que le vieron muchos hombres, é cómo cortó la cabeza á Juan Ferret en aquel lugar que él le dió la pescozada, segun que lo habia prometido.

CAPITULO XLIX.

De la procesion de los pelegros.

Despues que la santa cibdad fué tomada, juntáronse todos los cristianos é los ricos hombres, ante que se desarmasen, é hicieron guardar las puertas, porque non entrase ninguno sin su mandado, hasta que hiciesen rey ó señor, por acuerdo de todos, que fuese poderoso, é mandase é rigiese los de la cibdad á su voluntad; é non era maravilla si se temian é querian guardarla, que toda la tierra del derredor era de moros, é luego fuéronse á desarmar á sus posadas; é anduvieron despues descalzos, haciendo sus romerías por los Santos Lugares, é la clerecía é el pueblo de esos pocos cristianos que estaban en Hierusalen, á quien los enemigos de la cruz

habian fecho deshonras, vinieron con procesion é con cruces, é recibieron á los ricos hombres, é leváronlos así cantando fasta el sepulcro de nuestro Señor, que era muy devota cosa de ver; é los ricos hombres é el pueblo menudo lloraban de piedad é de alegría, é echábanse en cruz en tierra ante el sepulcro, que se figuraba á cada uno que veia nuestro Señor delante sí en el monumento, así como fué allí metido. É tanto eran alegres sus corazones é pagados por la honra de Dios, que era maravilla; que non pensaron ver el dia que la santa cibdad fuese libre de los enemigos de la cruz; é tan largamente daban por Dios sus limosnas á las iglesias é á los pobres, que maravilla era; é bien parecia que poco daban por las cosas terrenales, que se les antojaba que á la entrada del paraiso estaban ya. É ninguna alegría fué que llegase á aquella que ellos habian, é non se podian hartar ni cesaban de buscar todos cabos, las iglesias é los santos lugares adó Jesucristo fuera; é sobre todo, recibian gran placer é consuelo los ricos hombres é todos los otros porque habian cumplido sus romerías. É los obispos é los otros clérigos de misa non se podian partir de la iglesia del Sepulcro.

CAPITULO L.

De cómo vieron, el dia que ganaron á Hierusalen, al obispo de Puy é á los otros que murieron en la carrera.

Cierta cosa fué que aquel dia que la cibdad de Hierusalen fué tomada, que vieron hí al obispo de Puy, que murió en Antioca, é fué enterrado en la iglesia de San Pedro, así como habeis ya oido; é muchos afirmaron que lo vieran subir ante al muro, é que llamaba á los otros que veniesen en pos dél; é otros muchos hombres buenos que murieron en la carrera, viniendo en su romería, que aparecieron despues en los Santos Lugares. É bien se puede entender é saber, por las muestras destas santas virtudes que ois, que mas ama nuestro Señor á la cibdad de Hierusalen que á todas las otras cibdades que son en la tierra, é que aquel lugar es la mas alta romería del mundo.

CAPITULO LI.

De cómo los cristianos que eran de antes moradores en Hierusalen agradescieron á Pedro el Ermitaño su mensaje, porque por él los habia sacado de servidumbre.

Oido habeis ante desto de cómo Pedro el Ermitaño veniera á Hierusalen en romería otra vez, é cómo los cristianos que eran hí moradores venieron á él, é diéronle cartas, que él levó al Papa é á los ricos hombres de Francia, en que les enviaban á pedir por merced que se doliesen dellos é diesen remedio á su cativerio; mas, como quier que habia bien cuatro años ó cinco que venieran é que no lo vieran, conocieronlo entre los otros luego que lo vieron, é echáronse todos á sus piés é lloraron con él de la gran alegría que habian, é agradescieronle mucho porque tan bien habia recabado aquello por que le enviaran, é loaron mucho á nuestro Señor porque tal virtud infundiera en los corazones de los ricos hombres é del pueblo, porque habian acabado tan alto negocio, que era esperanza de los cristianos. De nuestro Señor abajo, todas las gracias daban á Pedro el Ermitaño, que tan esforzadamente acometiera aquel fecho, é fuera tan acucioso por quitarlos de

servidumbre; que luengo tiempo habian estado en cativerio de los descreídos. É el patriarca de Hierusalen era ido á Chipre á pedir limosna é ayuda á los cristianos de la tierra, porque no podian los cristianos que moraban en Hierusalen pagar el pecho que les mandaban pechar los enemigos de la fe, é temian que si no pagasen el plazo, que les derribarian los muros do es la iglesia del Sepulcro, é aun despues que los matarian á todos; é por ende, non sabian aun la buena andanza que nuestro Señor les habia fecho en librar su cibdad, mas antes pensaban tornar á aquel mesmo cativerio en que antes estaban.

CAPITULO LII.

De cómo hicieron alimpiar la cibdad de Hierusalen de los muertos.

Quando los altos hombres é los otros cruzados hobieron fecho sus oraciones, ayuntáronse todos, é tomaron acuerdo cómo ficiesen alimpiar de los muertos la cibdad, ea si non, poderles-hia nacer gran peligro, porque se corrumperia el aire, é el aire corrompido corrumperia á ellos, é de allí se les levantaria gran enfermedad, donde podrian morir muchos; é hicieron luego venir los cativos que tenían presos, é mandáronles levar los muertos fuera de la villa; é porque los cativos eran pocos, hicieron venir los pobres, é mandáronles que les ayudasen é diéronles salario; é despues que los hobieron sacado fuera de la villa, quemaron los moros é enterraron los cristianos. É cuando esto hobieron fecho, fueron muy alegres á sus posadas á comer é á holgar, que tiempo habia que lo deseaban; é las casas eran llenas de pan é de vino é de carne é de óleo é de oro é de plata é de paños preciosos, como las dejaron los turcos, que eran muy ricos hombres de todas estas cosas; é sobre esto, fallaron muy buenas aguas, de que habian habido gran mengua, é estaban muy deseosas della. É despues que comieron, tocó el duque Gudufre el cuerno, é ayuntáronse todos en la plaza delante el templo, para acordar cómo ficiesen combatir el alcázar.

CAPITULO LIII.

Cómo el rey Orbagan dió el alcázar de Hierusalen al conde Remon de Tolosa.

Orbagan, rey de Hierusalen, cuando vió que la cibdad era cerca, ganarla toda, ficiera bastecer la torre de David, que era el alcázar de la villa, é metiéronse dentro cuantos pudieron acogerse de los que escaparon de la matanza cuando la villa fué tomada por fuerza, que mataron á cuantos moros alcanzaron; é los cristianos aparejéronse entonce para combatirle; mas ante que aquello viniere, cuando el rey Orbagan supo lo que habian concertado los ricos hombres, envió por el conde de Tolosa, é despues que se vieron, dijole que bien veia cómo estaba la torre é el alcázar bastecido de gente é de armas é de viandas, é que ante habria muchos muertos del un cabo é de otro que tomarla pudiesen por fuerza, é mas, porque el mal non fuese tanto, que le daria la torre é el alcázar, con tal que sacasen partido ellos todo lo suyo, é que lo levasen en salvo fasta Escalona (1). El Conde mostró entonce esta demanda á los ricos hombres, é ellos toviéronlo por bien, é él, con

(1) Es Ascalon en la Palestina.

voluntad de ellos todos, fizolo así; é el rey Orbagan é su hermano Lucabel, que era con él, entregáronle entonce la torre é el alcázar, é salieron della por cuenta siete mil turcos é cuatrocientos mas; é al tercero dia despues desto ordenaron que ficiesen una feria ó mercado, é vendiesen é comprasen é mejorasen sus haciendas, como facen en las buenas villas; mas los capitanes en esto non olvidaron la grande merced que Dios les habia fecho; é por ende, establecieron, con acuerdo de todos, tan bien de clérigos como de legos, que en tal dia como la cibdad fué tomada, que ficiesen siempre fiesta á Dios cada año, por remembranza de la merced que él les fizo en darles la cibdad de Hierusalen; é estuvieron ellos á su placer allí mas que en ningún lugar habian estado despues que partieron de sus tierras, é holgábanse mucho porque podrian ir seguramente é venir á sus romerías. E así como lo habeis ya oido, fué tomada la cibdad de Hierusalen, cuando andaba el año de la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo en mil é noventa é un años, á quince dias de junio. En aquel tiempo era papa Urbano el Segundo, é Enrique emperador de Roma, é Felipe rey de Francia, é Alexandre emperador de Constantinopla.

CAPITULO LIV.

De cómo hicieron rey de Hierusalen al duque Gudufre.

Habeis oido ante desto cómo los pelegros habian menester de folgar, é estaban en Hierusalen ordenando los fechos é las cosas é el mantepimiento de la cibdad, é estuvieron así en esto siete dias, é al otavo dia ayuntáronse todos en uno para escoger á quién diesen el señorío de la cibdad é la guarda del regno, así como era derecho é costumbre, é hicieron sus oraciones á Dios, é rogáronle de buen corazon que los administrase en aquella eleccion aquel dia, é que les diese tal hombre, que fuese digno de levar la carga del reino, é sostenerla. E entre tanto que ellos estaban en aquella rogativa llegó una compañía de clérigos que se habian ayuntado, que eran hombres que pensaban en mal é en orgullo é en cobdicias, é entraron allí adonde los ricos hombres estaban en secreto, é despues que entraron, el uno dellos dijo así: «Señores, ficiéronnos saber que vosotros sois aquí ayuntados para escoger rey que gobierne é ampare la cibdad é esta tierra, é desto somos nosotros muy placenteros, en tal manera que lo fagais como conviene. Pero bien sabeis que las cosas espirituales son mas altas é mas dignas que las temporales, é por esta razon las mas altas cosas deben ser contadas primero, é así lo debeis vosotros de razon hacer, si de hecho no lo quisiédes posponer. E por ende, vos amonestamos de parte de Dios, é rogamos que non vos entremetaís en hacer eleccion de rey hasta que nosotros hayamos elegido patriarca para esta villa, que sepa gobernar la cristiandad de esta tierra; é si lo ficiédes así, placer nos ha mucho, é otorgar hemos por rey á aquel que vosotros ficiédes en vuestra eleccion; é si non quisiédes así hacerlo, non otorgaremos nos la clerecía lo que vosotros ficiédes, ante nos pesará, é non será confirmado jamás.» E en esta razon parecia que habia alguna virtud é que procedia de devocion, pero non habia en ella sino engaño é falsedad, ea era vi-

vo el patriarca de Hierusalén. E de aquesta falsedad era capitan un obispo de Calabria, que era de una cibdad que llaman Malturana, porque se concertaba é concordaba mucho con un clérigo que decían Arnol, que ya oistes que era hombre muy falso é de mala vida, é non era aún ordenado de epístola, é era fijo de un capellan muy irrigular; é aquel obispo de Malturana queria facer patriarca á aquel mal hombre Arnol; que amos eran muy sabidos en engaños é traicion é eran falsos, é habian puesto entre sí que luego que el uno fuese patriarca, que fuese el otro obispo de Belén, é de aquellos estaban ellos bien ciertos. Mas ordenólo Dios de otra manera, así como oiréis adelante. Muchos clérigos habia en aquel tiempo malos, é procuraban poco de servir á Dios, é preciaban poco honestidad é castidad; ca despues que murió el obispo de Puy, que era legado enviado por el Papa, quedó en su lugar el obispo de Orenge, que era hombre religioso, de orden é de santa vida é temia á Dios, mas vivió poco tiempo, é despues quedó la iglesia sin pastor é sin guarda; é diéronse los clérigos á mala vida é á facerlo peor que los legos, pero el arzobispo de Albarra mantúvose santamente en su dignidad, é algunos de los otros clérigos. Los ricos hombres non se dieron ninguna cosa por la razon que les dijeron los clérigos, porque les pareció que era locura. E non dejaron de hacer lo que habian comenzado. E porque supiesen mejor el estado de cada uno de los ricos hombres, pusieron en manos de buenas personas aquel hecho, é ficiéronles jurar que supiesen la verdad é la manera de cada uno por sus privados é por aquellos que lo servian; é desta forma supieron algunos é entendieron muchas cosas encubiertas que de ante non sabian; mas entre todo lo otro, cuando preguntaron por la vida é manera del duque Gudufre á sus privados, dijeron que habia en él una muy enojosa condicion: que cuando estaba en la iglesia é queria oír misa, é non podia tan ahína haber clérigo que gela dijese, no se queria ir á la posada, é preguntaba á los clérigos por las pinturas é imágenes que de cuáles santos eran, é queria que le contasen la vida de cada uno; é desto pesaba muchas vegadas á sus caballeros é á su gente, ca tanto tardaba, que se les dañaba el comer; é esto les acontecia con él muy á menudo. E cuando los hombres buenos hallaron que aquella era la peor manera que el Duque tenia, hobieron gran placer, porque conocieron que aquello por Dios venia é por Dios lo facia él. E despues que hobieron inquirido sobre todos los ricos hombres, é supieron las costumbres de cada uno é de todos, hablaron entre sí, é fueron acordados en escoger por rey al conde de Tolosa; é fuera así, sinón porque aquellos que vinieran con él de su tierra é eran sus privados, cuando supieron que le querian escoger por rey, como vieron que de fuerza habian de quedar allí en el reino, é si non fuese élto, que se tornarian luego para su tierra, perjurarónse á sabiendas, diciendo que habia en él unas costumbres malas, de las cuales en la verdad él era muy quitó é salvo, é non habia culpa ninguna; mas nunca él hobo voluntad de tornar á su tierra, así como lo mostró despues; ante se quedó hí por servir á nuestro Señor Jesucristo toda su vi-

da. E cuando los pesquisidores oyeron del conde de Tolosa aquello que los suyos decían, acordaron en el duque Gudufre, é alzaronle, si él quisiese consentir, por su rey; é fueron con él luego para la iglesia del Sepulcro á facerle allí el comienzo de sus honras; é muy gran placer hobo todo el pueblo cuando supieron que el duque Gudufre era electo para ser rey de Hierusalén, ca muy bien le querian grandes é pequeños, é mayor gracia habia con todos que otro hombre de la hueste. E desta manera fué escogido el duque Gudufre por rey de Hierusalén; mas despues que hobieron fecho todos su oracion al sepulcro, salieron fuera, é fueron á la gran plaza á el templo; é el obispo de Maltran, que tenia aun la estola con que dijera la misa é la lanza con que nuestro Señor Jesucristo fué ferido, que fué despues tornada á Antioea, estuvo en pié, é dijo á los ricos hombres é al pueblo así: «Señores, esta cibdad que habeis conquistado, menester ha rey que la mantenga.» E respondieron los príncipes é dijeron que bien era que hobiese rey; é el pueblo dió entonces voces que lo fuese el duque Gudufre de Bullon, é los ricos hombres otorgaron todos que les placía. Estonces alzó la mano el Obispo é dió la bendicion al Duque é dijo: «Señor, llegad adelante é recibid la honra que Dios vos ha otorgado, é sed rey de Hierusalén.» Respúsole el Duque é dijole así: «Señor, aquí hay tantos buenos príncipes, de tan alta sangre, que no me adelantaré yo entre ellos para rescebir corona ni para mantener reino, é mayormente que non fué convidado ninguno de ellos nin se excusó de rescebir esta honra; é por ende, quiero yo que la presentéis á ellos é que los convidéis con ella; que tales son ellos, que la merecen mejor que yo.» Cuando vió el obispo de Maltran que se excusaba el duque Gudufre de rescebir el reino de Hierusalén é la honra, pesóle mucho, é llamó á Ruberte el Frison, conde de Flándes, é dijole: «Llegad adelante, caballero complido, de buenas maneras, ardid é esforzado en las afrentas é en los grandes peligros, conhorto de los cuitados é espejo de la caballería, recibid á Hierusalén é la torre de David, que Dios vos quiere dar.» E respondió el Conde é dijo: «Señor, non lo faré, porque cuando me partí de Flándes juré á la condesa Elemanza (1), mi mujer, que cuando hobiese fecho oracion en el templo de Hierusalén, que luego me tornaria sin tardanza; é por ende, non puedo quedar en esta tierra si perjuro no quiero ser; mas agora pluguiese á Dios que fuese en mi casa, que yo vos digo que non tornaria aquí por quanto tesoro hay en Roma.» Despues que vió el obispo de Maltran que Rubert el Frison, conde de Flándes, excusaba la honra é corona del reino de Hierusalén, fué maravillado él é toda la gente, é comenzaron á hablar entre sí é á llorar de lástima, é algunos decían: «¡Ah Hierusalén, cibdad de grande nombradía, cómo vos desechan nuestros príncipes é vos esquivan, é facen gran yerro, pues por vos movieron de sus tierras é han sufrido muchos trabajos é cuitas!» El obispo de Maltran fué muy triste cuando esto oyó, é llamó al duque de Normandía é dijole: «Honrado príncipe, llegad adelante, é recibid la digni-

(1) Quizá haya de leerse *Clemenza ó Clementia*.

dad que Dios vos quiere dar, é habréis la corona del templo del Señor, que es el mas alto reino de la cristiandad, é nuestro Señor Jesucristo fué aquí coronado, é por ende, debe ser mas honrado sobre los otros reinos del mundo; é tomad la corona en el nombre de la cristiandad; que por esto será nuestro linaje temido.» Respondió el duque de Normandía é dijole: «Señor Obispo, esta honra non la quiero, porque yo só señor de gran tierra é buena, é non la quiero dejar por esta nin por otra; é demás, que fice promesa é juré que cuando ficiese oracion al sepulcro, que me tornaria para mis parientes; é yo vos digo que si agora fuese en mi tierra, que non tornaria á este lugar por amor de hombre del mundo; que tanto mal é tanta laceria he pasado, de hambre, é de sed, é de frio, é de calor, é de mucha pobreza, que todos los miembros me duelen; que yo non soy de fierro nin de acero, que pueda sofrir tanto mal; é palma é bordon é esclavina tengo aparejada, é mañana, si Dios quisiere, me tornaré.» E el Obispo, cuando vió que el duque de Normandía con tan justa razon se excusaba, suspiró, é llamó al conde de Tolosa é dijo: «Buen conde de Tolosa, uno de los honrados príncipes del mundo, recibid á Hierusalén con su honra, porque sea ensalzada la cibdad é temidos vuestros parientes, é vos debeis ser muy alegre si fuédes señor de Belén, donde Jesucristo nuestro Señor nació de la Virgen santa María, é desta cibdad, do él sufrió pasion por nosotros.» Respondió el Conde é dijole: «Señor Obispo, non lo puedo facer; que yo só señor de Tolosa é de Narbona é de Provençia, é non tengo en corazon de recibir á Hierusalén, ni por mí será defendida ni amparada, ni he gana de tener heredad en Suria, é mis palmas é mi bordon tengo ya aparejadas, é quiérome luego tornar para mi tierra.» Cuando el Obispo esto oyó, fué muy triste, é con la tristeza bajó la cabeza, é él é todos los otros comenzaron de llorar estonce muy fuertemente, é llamó el Obispo á Baldovin, conde de Roax: «Vos sois uno de los mejores príncipes de la tierra, llegad acá é rescebid Hierusalén.» Llegó el Conde é respondióle así: «Señor, mucho mal he sufrido en esta tierra, é non podré estar sano tan solamente un dia en ella, porque es tierra muy caliente; é mis palmas é mi bordon fice ya buscar, é si Dios quisiere, hoy entraré en el camino é me tornaré para Roax.» El Obispo, cuando esto oyó, con gran pesar porque don Baldovin, conde de Roax, non queria tomar el señorío de Hierusalén é ser rey de su tierra, dijo á grandes voces: «¡Ay Hierusalén, cómo abaja hoy la vuestra nombradía! En vos fué enterrado el cuerpo de Jesucristo, nuestro redentor, é han por vos sufrido este pueblo gran hambre é sed, é ante que os pudiésemos haber fuimos trabajados con muchas lacerias; é agora, que vos tienen, non vos quieren recibir ni amparar franceses nin alemanes nin flaneses (1); agora puede bien decir cada uno que ha trabajado en balde; que ninguno de nuestros príncipes non quiere por suya la santa cibdad; ¡Ay Dios, Padre poderoso, cómo abaja hoy en este dia la nuestra santa ley por nuestra culpa!» E por esto que dijo el Obispo lloró tanto el pueblo,

(1) Entiéndase *flandeses*, por habitantes de Flándes.

que era muy gran mancilla de ver é de oír. E así se excusaban los ricos hombres de rescebir el reino de Hierusalén, que non habia ninguno tan esforzado, como quier que se excusaban, que no recelase mucho de amparar é defender la tierra de los moros; é por ende, desmayaron mucho los que querian quedarse en aquella tierra, é bien vian que todo quanto habian fecho era perdido si Hierusalén non quedase bastecida é con señoer, é que tornarian los turcos luego á la tierra, cuando supiesen que non habia quien la defendiese.

CAPITULO LV.

De cómo los de la hueste acordaron que ayunasen porque les diese Dios rey.

El obispo de Maltran, que estaba en pié, como habeis oído, comenzó de hablar muy humildemente, diciendo así: «Señores, vosotros habeis conquistado muy noble cosa así como es la cibdad de Hierusalén é la cibdad de Belén; é pues que Dios vos dió tan noble tierra en poder, debeis entender que él vos ayudará é librárá de todos peligros; é por ende, le debeis ser obedientes, pues venimos á Suria por tomar venganza de aquellos que non quieren obedecer su ley; é loado sea Dios, habemos tomado la tierra de Hierusalén, que es cabeza de cuantas fortalezas hay en Suria, é agora ha menester quien la guarde. E veis aquí el duque Gudufre, é el duque Ruberte de Normandía, é Ruberte el Frison, conde de Flándes, é don Remon, conde de Tolosa, é el conde de San Gil, é Tranquer, é Baldovin de Roax, é don Gaston de Bearn é otros muchos honrados príncipes que non quieren recibir el señorío della, é por buena fe gran yerro facen; mas ruego yo á Dios que les mueva los corazones é de esfuerzo que mantengan este reino, que es suyo propio, sobre todos los otros reinos del mundo; é porque Dios dé en esto buen acuerdo é buen consejo, ruégovos yo de su parte que ayunemos mañana con piadosa homildad, é en la noche que tengamos vegilia en la iglesia del Santo Sepulcro con oraciones é con limosnas, é que lieve cada uno de los ricos hombres sendos cirios por encender, é los otros caballeros lieven candelas, segun pudieren, é non haya otra lumbré en la iglesia sino la de la lámpara de alabastro que está sobre el altar; é roguemos todos á Dios que aquel que á él pluguiere sea rey de Hierusalén, é que demuestre luego su virtud é miraglo sobre su cirio, de manera que gelo encienda; é aquel á quien él encendiere, que le alceamos por rey á honra de Jesucristo.» Á todos plugo con esta razon, é toviéronla por buena, é otorgáronlo todos así como el Obispo dijo. E otro dia por la mañana non vistieron los paños que solian, mas vistieron estameña junto con la carne, é los que non la pudieron haber vistieron lorigas é sacos, é anduvieron descalzos por los Santos Lugares, é ayunaron aquel dia á pan é agua; é el duque Gudufre vistió celicio, que es paño de lana de cabrones, é sobre él vistióse su loriga, é sobre la loriga su gambax, é calzóse las brafoneras, é sobre ellas muy fermosos estibales, tan bien fechos, que non parecia que traia sino calzas; é desdeque esto hobo fecho, fuése á confesar, é los otros todos otrosí, é comieron pan de cebada é agua, cada uno tres bocados é non mas; é despues fueron al templo á facer oracion, é cuando fué noche fuéronse para el sepulcro, é dijoles allí el obispo de